



rmbm.org



rmbm.org/rinconector/index.htm

Los asquerosos



Santiago Lorenzo

Murcia

Santiago Lorenzo

<https://blackiebooks.org/artista/santiago-lorenzo/>

Se llama Santiago Lorenzo. Los astros se alinearon para que naciera un buen día de 1964 en Portugalete, Vizcaya, España, Europa, la Tierra. el Universo. Primero miró, luego observó, después filmó y ahora escribe. En todas esas etapas vivió y en ninguna hizo lo que hacen los actores: actuar. Denle una goma de borrar Milan y unas tijeras y les creará un mundo. Aunque hace tiempo que con un teclado hace lo mismo y mejor. Este artista pretecnológico de pulsaciones lentas (quizás por su corazón grande) vive a caballo (o a autobús de varios caballos) entre Madrid y un taller que ha elegido en una aldea de Segovia que podría servir para ejemplificar la recurrente expresión «alejado del mundanal ruido».



No siempre fue así. Estudió imagen y guión en la Universidad Complutense y dirección escénica en la RESAD de la capital del reino. Siempre tuvo claro que ante problemas reales, sólo sirven las soluciones imaginarias, así que en ese año constelación que fue 1992 creó la productora El Lápiz de la Factoría, con la que dirigió cortometrajes como Bru, Es asunto mío o el aplaudido Manualidades. Porque además de eso, al artista artesano Lorenzo siempre le gustó construir maquetas imposibles trabajadas con las manos: una cómoda con cajones que se abren por los dos lados, puertas por donde sólo podría pasar el Hombre más Delgado del Mundo y teatritos donde los Madelman son los protagonistas. Si no gozara del don de la escritura, podría haberse empleado en cualquier oficio antiguo: sereno, porque tranquilo lo es un rato, o jefe de estación ferroviaria, porque los trenes portátiles le gustan más que a un hombre alegre una pandereta. En 1995, produjo Caracol, col, col, que le valió pisar con calma la alfombra roja de los Premios Goya, que ganó en la categoría a Mejor Corto de Animación. Cuatro años después se empeñó en estrenar Mamá es boba, la historia palentina de un niño algo alelado, pero a la vez muy lúcido, acosado en el colegio (la película fue una de las primeras en abordar el tema del bullying) y con unos padres que, a su pesar, le provocan una vergüenza tremenda. La película pasará a la historia como uno de los

filmes de culto de la comedia agrisulce y podría servir como mito fundacional del post-humor que busca la risa helada e incómoda. Con ella fue nominado, para su sorpresa, al Premio FIPRESCI en el Festival de Cine de Londres. En 2001 abrió, junto a Mer García Navas, Lana S.A., un taller dedicado al diseño de escenografía y decorados con el que hicieron tanto muñequitos de plastilina para el anuncio del euro como la catedral que aparece en una de las entregas de Torrente. En 2007 estrenó *Un buen día lo tiene cualquiera*, donde volvía a elevar una historia de una persona para explicar un problema colectivo: la incapacidad, afectiva e inmobiliaria, para encontrar un sitio en el mundo (o un piso en la ciudad, para el caso).

Harto de los tejemanejes del mundo del cine, decidió cederle sus ideas a esto de la literatura, por lo que en 2010 publicó la novela *Los millones* (Mondo Brutto), uno de los libros del año con un gancho cómico y un golpe más bien trágico: a uno del GRAPO le toca la lotería primitiva; no puede cobrar el premio porque carece de DNI. Desde entonces, ha escrito *Los Huerfanitos*, se ha deleitado con ábsides de catedrales y ha continuado atacando los vicios de la sociedad de la única forma posible: con la risa, el recurso de los hombres que gozan de una inteligencia libre de presunción. También ha seguido hablando con voz grave, lanzando chanzas coheras y fumando un pitillo a cada hora en punto con tiros cortos. Ha hecho, en definitiva, muchas cosas, pero su mayor temor continúa siendo caerse a la ría desde lo alto del puente colgante de Portugalete, patrimonio de la Humanidad desde 2006.

OBRA

Cinematográfica

Cortometrajes

(1989). *Bru*. (Director y productor).

(1990). *Es asunto mío*. (Director y productor).

(1992). *Manualidades*. (Director y productor).

(1993). *Tiberiades*. (Director y productor).

(1993). *Los colores del caudal*. (Director y productor).

(1994). *Café del Norte*. (Director y productor).

- (1995). Caracol, col, col. (Productor).
(1999). Mi novio es bakala. (Actor).
(2003). La cigarra y la hormiga. (Productor).

Largometrajes

- (1997). Mamá es boba. (Dirección y guion).
(2007). Un buen día lo tiene cualquiera. (Dirección y guion).
Literaria
(2010). Los millones. Ed. Mondo Brutto. ISBN 978-84-613-8899-8
(2012). Los huerfanitos. Ed. Blackie Books. ISBN 978-84-940019-1-8
(2014). Las ganas. Ed. Blackie Books. ISBN 978-84-16290-01-7
(2017). 9 chismes. Ed. Autsaider Comics. (ilustraciones: Mireia Pérez).
ISBN 978-84-946726-0-6
(2018). Los asquerosos. Ed. Blackie Books. ISBN 978-84-17059-99-6

PREMIOS Y NOMINACIONES

Director:

- (1989). Premio Vídeo de Castilla y León por Bru.
(1991). Nominación Premio Goya (Mejor corto documental) por Manualidades.
(1997). Premios Del Público y Mejor Reparto del Festival de Cortos de Alcalá de Henares, por Mamá es boba.
(1997). Nominación al Premio FIPRESCI del Festival de Cine de Londres por Mamá es boba.
(1997). Nominación Semana Internacional de Cine de Valladolid por Mamá es boba.

Productor:

- (1996). Premio Goya: Mejor cortometraje de animación por Caracol, col, col.

Escritor:

- (2018). Premios Cálamo: Libro del Año por Los asquerosos.
(2019). Premio Los Libreros Recomiendan por Los asquerosos.
(2020). Premio de las Librerías de Navarra por Los asquerosos

<https://elcultural.com/Los-asquerosos>

LOS ASQUEROSOS

NADAL SUAUA | 4 ENERO 2019

Tal vez la mejor prueba de la veta genial que recorre Los asquerosos, cuarta novela de Santiago Lorenzo (Portugalete, 1964), sea lo desarmado que deja a quien escribe sobre ella una vez leída. Parece un libro sencillo que aborda cuestiones muy concretas y atractivas (la soledad, la desconfianza ante las formas técnicas y económicas de progreso, la fealdad del mundo moderno...), y eso, en principio, lo convierte en un caramelo para el reseñista. Sin embargo, luego te plantas ante el ordenador y descubres que la naturaleza del estilo de Lorenzo, su tono desacralizador sin cinismo, condena el análisis a sonar aguafiestas.

Como no soy el primero en tratar Los asquerosos en los medios culturales españoles, he consultado ya media docena de crónicas o críticas que explican su conexión con Robinson Crusoe, la paradoja de ese estilo suyo tan antiguo que resulta moderno, la utilización curiosísima del neologismo (que tiene que ver, me parece, con la libertad de quien escribe desde una provincia vocacional), lo tronchante de sus ataques a la clase media con caballo en el pecho y turra de sobremesa... Esos textos decían exactamente lo mismo que yo estoy en condiciones de decir acerca de Santiago Lorenzo, y lo hacían muy bien. Al mismo tiempo, con esas evidencias no capturamos apenas nada.

Los asquerosos habla de un tipo que tiene un encontronazo casual con un policía antidisturbios, al que hiere en defensa propia. Horrorizado, el protagonista decide ocultarse en un lugar abandonado de la vacía Castilla, para evitar una posible pena de cárcel.

Allí, sobreviviendo con lo mínimo, redefinirá las leyes de la economía aplicándose a sí mismo una “sucintidad” (palabra colosal) que convierte las teorías sobre el decrecimiento en orgías neoliberales. Asilvestrado y libre, Manuel irá descubriendo que no puede imaginar mejor vida que la suya, solitario, perdido en Zarzahuriel, sin nadie con quien contraer deudas.

Los libros de Lorenzo tienen vida, están tocados por la gracia. Con *Los asquerosos* uno se parte de risa observando la indignación de Manuel ante los modales terroríficos, como de franquicia en localidad turística, que gastan los portadores de la mal llamada civilización: son pasajes de una antimodernidad festiva y huracanada que brindan otra palabra magnífica de nuevo cuño para referirse a La Horteridad: “la Mochufa”. El lector también asiente complacido ante el retrato de un mundo injusto de salarios ridículos, trabajos humillantes e insolidarios, represión. Aquí el estilo es la clave: la prosa podría ser de Jardiel o Mihura, sí. Sin embargo, aplicada a la descripción de un 2018 cuyas medidas están perfectamente cogidas, esa prosa produce un extrañamiento insólito, probablemente parecido al que experimenta el propio Manuel respecto de la realidad cuando escoge ensimismarse antes que integrarse. En *Los asquerosos*, vemos el mundo desde un lateral literario que ha fundado (o rescatado) Santiago Lorenzo, y al que sólo podemos acceder en sus libros.



Hay que celebrar *Los asquerosos*, con un matiz sobre la dimensión política del libro, muy comentada desde la misma contraportada. En conjunto, su lectura halaga la buena conciencia del lector cómplice antes que desencajarla. Por ejemplo, es tentador decir que todos somos un poco “mochufas”, pero lo cierto es que los vituperios de Manuel nos

reconfortan ante un enemigo común que, por caricaturesco, no nos violenta en exceso revelando nuestras propias contradicciones. Por eso es muy honesto que el narrador de esta historia sea el tío del protagonista, alguien que lo ama y respeta, pero que no puede seguir su camino, y no pasa nada.

https://elpais.com/cultura/2018/10/02/babelia/1538477375_913847.html

EL ESPAÑOL DESPOBLADO

En la nueva novela de Santiago Lorenzo, humorístico alegato del aislamiento, todo está en su sitio, las bombas estallan a su tiempo y la resolución es sencilla pero sobresaliente

CARLOS ZANÓN | 8 OCT 2018

Santiago Lorenzo (Portugalete, 1964) no compite con nadie más que consigo mismo. Pero de tener contrincantes, es posible que siguiera siendo el mejor. Lo suyo es una poción personal, extraña, de línea clara y cañí, directa al tiempo que digna de saeta de puro barroco. Como una historia de 200 páginas que te explicara Josele de Los Enemigos, de pie apoyado en barra y reposapiés en el barrio de San Blas.

Pero lo fácil para Lorenzo es casi imposible para cualquier escritor o guionista vivo, humorístico, amargo y español (Poncela, Azcona o Buñuel tanto como un Casavella más asilvestrado que versallesco). Tradición y novedad ante tanto autor posmoderno y autoficcional hasta el bostezo. Crítica social, sentido del equilibrio, mala leche y ternura. Tiene mérito seguir pariendo buenas novelas cuando su primer asalto a la novela es un Everest como Los millones (argumento: a uno del GRAPO le toca la Primitiva y no puede cobrar el premio al carecer de DNI). A ésta le siguieron Los huérfanitos y Las ganas.

En todas ellas aborda, en mayor o menor medida, la cuestión del individuo como un naufrago al que el mundo exterior no deja de tenderle trampas de adaptación o sociabilidad que ni necesita ni quiere. El mundo no le deja en paz tratando de rescatarle del paraíso de estar uno en armonía lejos de las tentaciones capitalistas de san Antonio. Algo como qué bien se está solo (o solos) y qué pesados sois los demás.

En este caso, la historia es contada por un tío del protagonista, Manuel —esa voz y ese punto de vista son unos de los grandes aciertos de Lorenzo—. El sobrino, en defensa propia, en su propio portal, acuchilla

con un destornillador a un policía antidisturbios y ha de darse a la fuga de su hábitat, Madrid. Decide esconderse en uno de los mil pueblos de esta España despoblada. En la casa que encuentra vive con poco, encuentra libros de la vieja colección Austral, cultiva, recoge, siembra, se calienta y refresca con lo que tiene a mano a excepción de una compra semanal y básica online al Lidl que le hace su tío. Manuel descubre y se descubre que no necesita casi nada de lo que nos esclaviza tener al resto, atrapados entre la fruslería, la hipnosis y el fraude.

El autor va conformando la narración —a ratos un McGyver rural, a ratos Chuck Norris, cuando no un soldado japonés en la jungla 10 años después del fin de la contienda— no sólo como un humorístico alegato del aislamiento, sino como una crítica feroz al mercantilismo, al timo político y social, a la invasión de la idioticia —y los bárbaros, los nuevos llegados— y a la caza y captura del que es distinto.

Aunque a ratos peque de ensimismamiento narrativo y lingüístico y el título podría ser bastante mejor, lo cierto es que todo está en su sitio, la historia camina bien explicada, las bombas estallan a su tiempo y la resolución es sencilla pero sobresaliente. A este tipo lo conoce Kurt Vonnegut y le pone una casa (en el campo).



<https://www.lasprovincias.es/culturas/libros/santiago-lorenzo-aldea-20200427192752-ntrc.html>

ENTREVISTA A SANTIAGO LORENZO

«En mi aldea podría salir a la calle y no lo hago por respeto»

El autor de 'Los asquerosos', que vive en la España vacía, inventó en su novela a un pionero de la cuarentena

ÁLVARO SOTO | 27 ABRIL 2020

El año pasado, en España, ya hubo una persona confinada durante mucho tiempo en su domicilio. Se llamaba Manuel y era el protagonista de 'Los asquerosos' (Blackie Books), una de las novelas más exitosas de los últimos tiempos. Igual que su personaje, el escritor Santiago Lorenzo (Portugalete, 1964) buscó en su momento refugio en un pequeño pueblo de la Castilla profunda (16 habitantes) del que no da pistas.

-Hace unos meses, el punto de partida de su libro parecía de lo más original. Ahora, es el día a día de todos.

-Si lo piensas, es un descojono. Nunca nos habíamos visto en una así.

-Quizá lo que está pasando sirva para que la gente distinga lo importante de lo accesorio.

-¿Alguien se acuerda de qué ocurría en enero de 2020? Algo con ERC, supongo, hace mil años de todo aquello. Pues seguro que había gente que sacaba enseñanzas de aquello, porque de todo se pueden sacar, y otros de nada. Quizá con esto haya en las personas algún cambio grande que dure tres o cuatro años y luego se volverá a lo de siempre. Pero en cualquier caso, todo eso genera microcambios que al final, conforman lo que somos.

-Algún abuelo con mal carácter decía que a las generaciones más jóvenes les hacía falta una guerra. Esto es lo más parecido.

-Yo tenía un profesor de filosofía que lo decía, y luego igual te deseaba feliz Navidad. Antes pensábamos que la historia era lo que les pasaba a nuestros abuelos, Carlos V, Napoleón, el káiser Guillermo, Hitler, Stalin, y que a nosotros no nos iba a ocurrir nada grave. El fin de la historia, lo llamaron. Pero nada de eso. Siempre estarán pasando cosas chungas y no va a haber un momento de la historia en que todos vivamos en paz. Cuando no son los hombres provocando guerras, son unos bichitos.

-Usted vivía en el centro de Madrid y decidió dejarlo todo para marcharse a una aldea.

-Yo me dedicaba al cine, que era una actividad muy madrileña, como trabajar en un ministerio. Vivía mentalmente y físicamente en el centro, en la calle Fuencarral, pero a mí me gustaba de domingo a jueves. El fin de semana había muchos domingueros que buscaban la 'movida' y pensaban que se iban a encontrar con Alaska. Empecé a venir a este pueblo, me gustó y llevo ya ocho años.

-¿Cómo es un día en la aldea?

-Siempre hay cosas que hacer: cuidar de la casa, del huerto, coger leña... Y luego está lo que un cursi llamaría 'oficio', que en mi caso es leer libros y periódicos y ver películas.

-Durante su confinamiento, Manuel se topa con unos vecinos muy asquerosos que recuerdan a la gente que se salta la cuarentena para irse a la playa.

-A mi aldea han venido dos familias de madrileños a pasar el confinamiento. Les tiro huevos (risas). En realidad, me inspiré en otros que montaron aquí una casa rural y yo fantaseaba todos los días con lo que les iba a hacer (más risas). Pero que quede claro: todos somos asquerosos para alguien en algún momento.

-Uno podría pensar que, viviendo en la aldea, usted se puede saltar el confinamiento.

-Pues sí, yo podría salir a la calle, pero no lo hago. Es como una muestra de respeto a la comunidad, aunque aquí no haya comunidad. No me sentiría bien.

-¿Qué le parece que la gente salga al balcón?

-En mi caso, sería absurdo hacerlo, sólo me verían las ranas. Pero a mí estas cosas me gustan. La terca voluntad del hombre por tratar a los demás me parece emocionante. Los balcones son las nuevas avenidas, pero en vertical.

